

# Homilía del Sr. Card. Mario A. Poli en la Ordenación Presbiteral

3 de noviembre de 2018 - Parroquia San Benito Abad

Lecturas: 1º Pedro 5, 1-4; Juan 15, 9-17

Queridos hermanos:

Es mi deseo comenzar estas palabras con una advertencia paternal. El rito de Ordenación presbiteral que estamos presenciando nos compromete a todos: familiares, amigos, conocidos y fieles de nuestras comunidades. Nadie queda fuera de lo que acontecerá dentro de unos momentos. La razón es muy simple: estos nueve jóvenes que se han presentado para ser ordenados, lo serán para Dios y su Iglesia, al servicio del pueblo fiel; por lo tanto, también para cada uno de ustedes, que están llamados a participar de esta Eucaristía, no como simples espectadores, sino como testigos del misterio pascual, del cual emanará como de su fuente el sacerdocio católico. Será una muestra más del gran amor con el que Dios quiso perpetuar en el tiempo de los hombres el sacerdocio de su Hijo único.

En efecto, clero y fieles seremos beneficiarios del don que el Espíritu Santo infundirá en cada uno de estos diáconos, para convertirlos en dispensadores de la gracia divina. Todos quedamos comprometidos y más unidos que nunca con ellos, en virtud del vínculo que une al Sacerdocio ministerial que se renueva hoy, con el sacerdocio real de los fieles que recibimos en nuestro Bautismo. Juntos daremos gracias a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que en su gran bondad ha querido participarnos de su mediación.

Apacentar y velar son los dos verbos con los que San Pedro definió la misión de los presbíteros. La exhortación de apacentar al rebaño de Dios, no hace más que actualizar la enseñanza de Jesús, cuando confió al Apóstol «el ministerio de apacentar la grey sólo después de su triple confesión de amor, e incluso de un amor de predilección: “Le dice por tercera vez: ‘Simón de Juan, ¿me quieres?’... Pedro... le dijo: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”. Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas”» (*Jn 21, 17*)<sup>1</sup>.

Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba antes de entregarle su rebaño. Del mismo modo hoy, queridos diáconos: Javier, Federico, Pablo, Alejandro, Daniel, Gonzalo, Francisco, Francisco Javier, Julián, el Señor, ante su Iglesia, les vuelve a preguntar: «¿Me amas?». Porque apacentar no es un empleo para asalariados, sino que es un oficio de amor, amor paterno y materno por cada persona que a partir de hoy se acercarán a ustedes, por la simple razón de conocer a quien los envía, porque saben que el Buen Pastor, por amor dio la vida por sus ovejas y elige a quienes quieran seguirlo en esa entrega.

Seguramente que en el camino recorrido, más de una vez reconocieron la voz del «Buen Pastor, que con sus silbos amorosos»<sup>2</sup> los atrajo a su corazón misericordioso y los invitó a seguirlo. Hoy vuelve a repetir: «Sígueme». «El “ven y sígueme” de Jesús encuentra su proclamación plena y definitiva en la celebración del sacramento de su Iglesia: se manifiesta y se comunica mediante la voz de la Iglesia, que resuena en los labios del Obispo que ora e impone las manos. Es un “sígueme” que atestigua la

---

<sup>1</sup> Cfr. *Pastores Dabo Vobis*, 23

<sup>2</sup> Himno del Oficio de las Horas atribuido a Lope de Vega.

llamada y la exigencia de *fidelidad hasta la muerte* (cf. *Jn 21, 22*), un “sígueme” que puede significar una *seguimiento de Cristo* con el don total de sí en el martirio»<sup>3</sup>.

Apacienten el rebaño de Dios y velen por él. Así como sus padres velaron sus sueños, velar por el rebaño que se les confía es desvivirse para que todos tengan acceso al gran río de la misericordia «en el inestimable servicio de hacer fructificar la gracia del perdón»<sup>4</sup>. Velar sin otros intereses que no sean los de Dios, con abnegación y corazón misericordioso, pues en ese estilo reconocerán a los elegidos del único Pastor de las ovejas. Velar para «comunicar la certeza de que Dios nos ama no es un ejercicio retórico, sino condición de credibilidad de nuestro sacerdocio»<sup>5</sup>.

Como fruto del año de la misericordia, el Papa Francisco invitó a los sacerdotes «a prepararse con mucho esmero para el ministerio de la Confesión, que es una verdadera misión sacerdotal. Les agradezco de corazón vuestro servicio y les pido que sean *acogedores* con todos; *testigos* de la ternura paterna, a pesar de la gravedad del pecado; *solicitos* en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido; *claros* a la hora de presentar los principios morales; *disponibles* para acompañar a los fieles en el camino penitencial, siguiendo el paso de cada uno con paciencia; *prudentes* en el discernimiento de cada caso concreto; *generosos* en el momento de dispensar el perdón de Dios»<sup>6</sup>.

Para perseverar en este camino –no libre de pruebas–, San Juan nos revela el amor que Jesucristo recibe del Padre, y cómo Él ama a sus discípulos con la misma intensidad. Hay en esto un misterio que nos supera, porque la obediencia al mandamiento que Jesús recibió de su Padre suponía otorgar la vida eterna a la humanidad mediante su muerte y resurrección. Y el Señor obedeció, porque el impulso del amor lo llevó a dar la vida en la Cruz. Así, Jesucristo es modelo y causa del amor que alcanza a todos. El sacerdocio que hoy reciben gratuitamente es reflejo de esa entrega pascual. La fuente divina del amor no se interrumpe porque Dios es fiel, y al discípulo lo que se le pide es permanecer en esta corriente de gracia y amor. Él es nuestra alegría y consuelo, nuestra fortaleza en la debilidad y nunca nos faltará su gracia para permanecer fieles al ministerio que recibimos por su gran bondad. En cada Eucaristía que celebren se renovará el amor que Dios nos tiene y ha querido llegar a nosotros por el sacrificio de su Hijo amado.

Estos hermanos nuestros, después de pensarlo seriamente, van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros: así harán las veces de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo, que es la Iglesia, se edifique y crezca como pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo.

Por eso, ustedes, queridos hijos, que ahora serán ordenados presbíteros, deben cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Mediten la ley del Señor, crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan.

Que la doctrina de ustedes sea un alimento sustancioso para el pueblo de Dios; que la fragancia espiritual de sus vidas sea motivo de alegría para todos los cristianos, a fin de que con la palabra y el ejemplo construyan ese edificio viviente que es la Iglesia de Dios.

Les corresponderá también la función de santificar en nombre de Cristo. Por medio de su ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanzará su perfección al unirse al sacrificio del Señor, que por sus manos se ofrecerá incruentamente sobre el altar, en la celebración de la Eucaristía. Tengan conciencia de lo que hacen e imiten lo que

---

<sup>3</sup> PDV, 70

<sup>4</sup> *Misericordia et misera*

<sup>5</sup> *Misericordia et misera*, 7

<sup>6</sup> *Ibidem*, 10

conmemoran. Por tanto, al celebrar el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, procuren morir ustedes mismos al pecado y vivir una vida realmente nueva.

Al introducir a los hombres en el pueblo de Dios por el Bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por medio del sacramento de la Penitencia, al confortar a los enfermos con la santa Unción, y en todas las celebraciones litúrgicas, así como también al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica, por el pueblo de Dios y por el mundo entero, recuerden que han sido elegidos de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios.

Finalmente, al participar de la función de Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, permanezcan unidos y obedientes al Obispo. Procuren congregar a los fieles en una sola familia, animada por el Espíritu Santo, conduciéndolos a Dios por medio de Cristo. Tengan siempre presente el ejemplo del Buen Pastor que no vino a ser servido sino a servir y a buscar y salvar lo que estaba perdido. Nacen a la vida de la Iglesia en Buenos Aires, que con un espíritu sinodal se quiere preparar cada vez mejor para la misión, y ustedes también son invitados a recibir los renovados vientos del Espíritu.

Nos lleva de la mano la Virgen María, y bajo su amparo maternal esta mañana ponemos la vida y el ministerio de ustedes.

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli